

Del seno de las generaciones se levanta un prolongado grito de dolor: segun las palabras de San Pablo, ellas giran alrededor de un inmortal porvenir. La creacion entera gime y llora hasta que llega su término; con sus dolores, con sus agitaciones y con su desórden mismo pide y busca el dia de la libertad, y de lo íntimo de este valle de lágrimas llama é invoca la paz, la gloria, la libertad y la justicia divina, que no son de este mundo, y pertenecen al dia providencial de las reparaciones necesarias é inmortales, al grán dia del Señor.

Llegará este dia, señores, para juzgaros y confundiros, si hubiéreis despreciado la verdad; para recompensaros y bendeciros, si fuéteis fieles creyentes. Llegará, no lo olvidéis nunca, porque vuestra alma es inmortal.»

Ved ahora algunos otros pasajes de su conferencia sobre la *Oracion*.

«No siempre ha comprendido el hombre la dignidad de su alma y de sus gloriosos destinos. Distruido por el placer ó preocupado por el padecimiento, dominado muchas veces por los intereses materiales, agitado otras por las pasiones y seducido por la concupiscencia de los ojos y por el orgullo de la vida, segun dice San Juan, olvida con frecuencia que viaja para ir á una mansion eterna; olvida que debe seguir fielmente el camino trazado para llegar á ella, y dar principio en este mundo á la dichosa union del cielo, ligándose á Dios con indisolubles vínculos. No es menos cierto, señores, y tristísimo en verdad, que el idioma de la religion no se habla comunmente sino por un corto número de personas; apenas es escuchado ni comprendido en medio del tumulto que agita al mundo, y para penetrar su sentido y volver á colocarse bajo el influjo de las ideas divinas, es menester uno de esos dias, una de esas horas en que el alma está recogida, la conciencia

ilustrada y el corazon sometido á la fé y á sus saludables lecciones.

Entre las cosas que menos se meditan ó se meditan equivocadamente, entre las cosas que pertenecen á la alta y paternal economía de los consejos de Dios sobre el hombre para conseguir mejor el cumplimiento de sus destinos, hay una grave enseñanza, dogma y precepto á la vez, acerca de la cual vamos á detenernos un instante.

La oracion, señores, bálsamo consolador en los males, refugio en el dolor, apoyo en la flaqueza; la oracion es á la vez alimento y vida de la inteligencia, restituida á su mas elevada dignidad. Os asombra mi lenguaje; estrañais mis palabras: no importa, oidlas con atencion. Un talento reflexivo me entenderá con facilidad, un espíritu verdaderamente cristiano no vacilará un punto en proclamar estos principios profesados hace mucho tiempo por el genio católico de Santo Tomás y por la mas elevada filosofia: la oracion es para el hombre el acto soberano de su razon, lo único capaz de dar al alma el complemento divino de su vida y las condiciones de órden, de hermosura, de grandeza y de gloria que constituyen su mismo fin y su destino inmortal.

Dignaos creerme, hermanos míos, acaso nunca vuelva á proclamar desde esta cátedra santa una doctrina que con mas justo título merezca ocupar vuestras meditaciones. ¡Cuán dichoso seria si por recompensa de mis deseos y de mi entusiasmo por la salud de vuestras almas, hallase en la mia la completa conviccion de que al salir de este recinto habiais recogido y conservaríais en lo sucesivo los bienes encerrados en tan grande y noble verdad!

Sabeis, señores, que en el hombre pueden distinguirse la razon pura ó especulativa y la razon práctica. El dogma de la oracion, de que voy á hablaros, no pertenece á la razon puramente especulativa, á ese poder intelectual de nuestra alma que se aplica á las teorías y se complace con los atractivos, á veces peligrosos, de la idea metafisica y absoluta de



las cosas, nó; os lo digo con entera seguridad y complacencia. La dignidad de la oracion, verdadera dignidad del alma humana, tiene su asiento, he dicho mal, tiene su trono en la razon práctica: el Angel de las escuelas lo prueba admirablemente, por la razon misma, á la cual le es licito dictar leyes á nuestras acciones, prescribir sus motivos y mandar y disponer su cumplimiento, segun el orden mas verdadero, mas justo y mas bello.

Si, señores, el alma que ora desempeña una funcion sublime de la razon. Por medio de la oracion el alma llega á la perfeccion mas elevada del ser espiritual, y por la oracion el alma es como se completa, como se perfecciona y llega á ser coronada.

Vamos á presentaros en su verdadero esplendor, esponiendo el dogma y fijando la naturaleza y alta significacion de la oracion cristiana, esta funcion soberana de la razon, esta perfeccion y esta corona eternamente descada de las potencias y de las acciones del hombre.

Yo me permito hablaros de estos asuntos libremente y con alegría, porque vosotros sois dignos de oirlos. Y si para apoyarlos necesitase el valor de la conciencia y la mas independiente energia de la fé, yo las veo en vosotros mismos y sé contar con ellas.

.....  
Cuando la razon se pregunta á sí misma en los instantes de calma y de silencio, no puede dejar de descubrir la hermosura, la grandeza y la necesidad de las relaciones del alma con Dios. En lo mas íntimo de nuestro ser, en el centro mismo de nuestros afectos y de nuestras ideas existe una aspiracion poderosa hácia el bien perfecto y desconocido, hácia el descanso lleno de gloria y de alegría, que nos advierte que la oracion es nuestra primera necesidad y nuestro primer deber. Es tan cierto que el alma y el corazon del hombre necesitan unirse á la luz increada é infinita, al bien soberano y perfecto, que es Dios, que entre los goces, no menos que entre las

penas, en la abundancia, no menos que en la desgracia, uno de los constantes *atributos* de la libertad humana es esa latente inquietud, ese agitado empeño que no se satisface nunca. He dicho un atributo, porque hay una dignidad marcada en nuestra alma, de modo que debemos buscar continuamente, á condicion de no hallarlo nunca en la tierra. El paraje del refrigerio y de la paz existe en otro sitio.

Este hecho es la expresion de la gran ley de la humanidad. San Agustin nos la presenta, nos la ofrece como hombre que habia sentido cruelmente su poder en medio de sus prolongadas resistencias contra la necesidad de Dios que le oprimia. El orden, la paz, el bienestar interior del alma y la conciencia del destino realizado, no se hallan, pues, sino en las relaciones que se establecen con la inteligencia soberana, manantial de toda verdad, con el bien soberano, manantial de toda dicha.

La razon, si aspira á merecer este nombre, debe por consecuencia presidir el establecimiento de estas relaciones tan gloriosas como necesarias entre el alma y su fin divino. Por su misma naturaleza se halla antepuesta á este orden eminente y regular, que une el rayo de luz con su foco, el pensamiento humano con el pensamiento de Dios, nuestro amor con su bondad, en una palabra, señores, la criatura con su autor. Sin esto no tendríamos delante de nuestra vista, ni dentro de nosotros mismos, mas que este mundo huérfano, cuya sola hipótesis contristaba el genio de Leibnitz y desheredaba en su concepto á esa funesta filosofía, que ante todo no busca el reino de Dios, su justicia y su última alianza con el alma.

Luego para asir el primer anillo de esa cadena que une la tierra con el cielo, para elevarnos hasta el poder y la bondad divina y para hacer bajar de lo alto la abundancia de dones que fecundan nuestros deseos y aplacan nuestras ansias, es imposible hallar nada ni nombrar nada como medio ó instrumento eficaz, á nó ser la *oracion*.

Esta es, cristianos, segun la nocion elemental católica, la ascension misteriosa del alma hácia Dios; la ofrenda y el ho-



menaje de una inteligencia y de un corazón indigentes, pero que se acercan al inmenso océano de luz y de dicha para sumergirse y alimentarse en él. La oración es el lenguaje con que nos dirigimos, con que hablamos á Dios; la respuesta divina es lo que ilustra, lo que instruye, lo que consuela, lo que sostiene y fortalece. En ese vuelo, en ese esfuerzo del alma para ir á Dios, vemos una primera necesidad cumplida, una primera facultad satisfecha; la grande y soberana ley de la creación ejecutada; la necesidad, la facultad de dirigirse á Dios, de buscarlo y de formar anticipadamente una íntima y feliz alianza con las infinitas perfecciones de su sabiduría y su bondad.

Entonces se eleva nuestra pobre alma y siente en sí misma que el complemento de bienestar y de vida que le faltaba, le llega por el canal de la oración. Mas cuando esta se ha desterrado de nuestros corazones, cuando no existe ya el divino trueque de gracias y de deseos, de súplicas de la tierra y de riquezas del cielo, el orden ha perecido, se ha retirado de la creación del mundo inteligente, el alma se halla, cristianos, sin destino y queda incompleta y como truncada; ¡mal inmenso, lamentable desorden que una sana razón no puede permitir, porque principalmente tiene por misión restablecer ó conservar la dignidad humana!

Pero no basta, no es suficiente que el hombre se eleve por la oración hacia Dios, que es el supremo fin, y reciba con las comunicaciones divinas el complemento mismo y la gloria de su ser; porque debe satisfacerse una segunda ley de la humanidad, una segunda é imperiosa necesidad de nuestro corazón.

El hombre depende en todo del que reina, prueba, castiga, sana y perdona; mas nunca puede abandonar los derechos de su soberano dominio. Dios los está siempre ejerciendo, y pide que el hombre sometido apaciblemente, cumpla el orden y la justicia adorando con amor y amando con profundísima dependencia al soberano autor de su ser, al criador, al Señor soberano de cuanto existe.

La adoración es también la ley suprema, la suprema justicia, que positiva y principalmente consiste en reconocer el poder soberano de Dios y su derecho sobre todo lo que respira.

La adoración es ese deber sentido por la razón y por el alma, muy semejante á la admiración, y que, igualmente que la razón, no puede perecer entre los hijos de los hombres, mientras la conciencia de lo que es grande, verdadero, hermoso y divino permaneciere en el mundo de las inteligencias. ¡Gracias inmortales sean dadas al Señor!

El hombre conoce bien, además, que se honra á sí mismo y se engrandece cuando adora y admira en Dios mismo el tipo augusto de todo poder y de toda gloria.

La oración, únicamente la oración llena este deber y este honor, porque la adoración nos conduce á orar, y la oración nos lleva al acatamiento, al respeto y á la adoración.

De aquí, señores, que la razón deja de ser razonable y la filosofía no es sabia ni verdadera, si no acierta á colocar en el primer rango de las leyes divinas y humanas la dependencia entera del hombre hacia Dios, ni busca ante todo el mantener unido ese continuo lazo de dependencia y de adoración, que debe ligarnos con el principio y con el Autor de la vida, con el Señor y dispensador soberano de los bienes del tiempo y de la eternidad.

¡Temeis bajaros hasta la oración vosotros que la desdenáis! ¡Ah! no sabreis nunca recobrar la dignidad de vuestra alma, su bienestar, su luz, su gloria y su verdadera vida! ¡Dónde está la ciencia, la verdad, la luz del genio y la inspiración de una gran gloria, sino en Dios mismo, inteligencia, hermosura, ciencia y grandeza infinita! ¡Dónde residen en su tipo y en su fuente la virtud, la santidad y el bien moral en su último y mas elevado poder, sino en Dios santo, bueno, justo y omnipotente!

En vano cavila el hombre en su laboriosa flaqueza, busca y rebusca penosamente en su alma y en su corazón, y orgu-



lloso cree poseerlo todo confiado en su razon y en una filosofia estéril, que nunca dá por resultado la virtud. Permanece pobre, desnudo, ciego é inútil; inútil al menos en el orden de esos beneficios regeneradores que son los únicos que ilustran, vivifican y salvan la humanidad.

Mas cuando una valerosa efusion del alma se encamina hasta volver á hallar las eternas emanaciones de las riquezas y de las perfecciones divinas; cuando la oracion se apodera de ellas y se une confundida con ellas, el hombre participa entonces del poder, de la bondad y de la ciencia de Dios en ese orden superior y en esas magnificas proporciones, que valen mas que los abrasadores impetus del pensamiento humano y que el orgullo devastador del genio.

El soberano reparador del orden y de la justicia sabe tambien desde lo alto del cielo y cuando le place, volver á hallar el homenaje de la tierra y adquirir testigos que publiquen su grandeza, su poder y su gloria en la actitud y en la lengua de la oracion.

¡Oh Dios, á quien adoro y suplico, mostrad á mis ojos y dad á mi alma el espectáculo mas consolador, un pueblo postrado en la oracion, pidiendo vuestra justicia y solicitando vuestra misericordia y vuestro amor!

Varias veces, señores, habeis dado este espectáculo que alegra el corazon de Dios y la vista de los ángeles, y lo dareis hasta el final de la gran semana en que entraremos pronto, y cuando se ejecutare en vuestras almas el misterio de la resurreccion del Hombre-Dios.

No he concluido la enumeracion de las leyes cumplidas por medio de la oracion. Tengo que examinarlas y esponerlas completamente delante de vosotros.

Oidme pues: El hombre no es solamente una inteligencia, un corazon que ora y adora, segun decia uno de nuestros primeros apologistas, á quien no puedo traducir á mi gusto. Nosotros no somos de los que únicamente piensan grandes cosas, nosotros las realizamos en nuestra vida por medio de nuestras

acciones: *Non qui magna cogitamus, sed magna vivimus*, ¡admirable elogio del cristiano! Una gran ley rige en efecto al alma humana, la ley de accion y de combate.

Nuestra alma es activa; la vida que recibe es el principio mismo interior de su accion.

.....  
¡Admirable y afectuosa disposicion de la Providencia! Dios crió al hombre inteligente y libre, y quiere su cooperacion y su oracion: su cooperacion como homenaje y legitimo empleo de sus fuerzas, como la consagracion misma y el mérito de su libertad; su peticion y su oracion, como una condicion justamente impuesta á los favores divinos. Solo Dios hace crecer y madurar las mieses; mas, no obstante, el trabajo del labrador es preciso, es necesario. Lo mismo acontece para fecundar el campo de nuestras almas.

Obrar y orar, orar y obrar. Esperarlo todo de Dios, no omitir ni diligencia ni esfuerzos, tal orden es prudente, grande y hermoso, y encierra la economia de la Providencia, la condicion misma de su gobierno, el pacto de Dios con el hombre.

¡Lejos de nosotros en primer término la idea de un absurdo y ciego fatalismo! En nuestros libros santos se halla escrito, que Dios obedece la voz del hombre. ¿No apellidaba el mismo paganismo á la oracion, una llave de oro que abria los cielos? ¡Ah! Dios no nos oprime bajo un yugo inflexible, nos ha marcado el camino que inevitablemente han de seguir nuestros actos y nuestros decretos. Previéndolo todo, ha previsto los votos, los deseos del corazon del hombre y sus esfuerzos, y resolvió en su bondad conceder libremente á las libres oraciones del hombre y á su libre cooperacion el éxito y la recompensa.

En una palabra, Dios ha puesto á los mayores bienes de nuestra alma como única condicion, la oracion: era sin duda dueño de obrar de esta manera.»



Tal es la mas admirable de las conferencias de Ravignan: la hubiéramos insertado íntegra con gran satisfaccion; pero creemos que será suficiente para convenir en su mérito los pasajes elocuentísimos que de la misma hemos traducido.

Entre Ravignan y Lacordaire, dice Henry, media la diferencia que existe entre un gran genio y un gran talento. El P. Lacordaire eleva, arrebatada y entusiasma á su auditorio: es un sol que deslumbra por la fuerza de sus rayos, es un torrente que se precipita con impetuosos saltos, y que lo hace estremecer todo con el ruido de su terrible y solemne armonía; es el águila que se cierne por las alturas de los cielos, y que habitúa á sus pequeñuelos á mirar de frente el astro del día. El P. Ravignan es mas tranquilo y mas grave; es un gran río que deja correr sus magestuosas aguas por un profundo lecho á donde rara vez llegan las agitaciones de la tempestad. Este agrada mas á la edad madura, aquel á la juventud. Cuando se ha oído al primero, se querría, fuera de sí y sobrecojido por cierto febril delirio, caer á sus piés; cuando se ha oído al segundo, se siente uno mejor, y vuelve con el alma mas pura, porque la han tranquilizado buenas y piadosas palabras.

El P. Lacordaire, para combatir los adversarios del dogma y de la moral, no se coloca en las cumbres de la fé y de la revelacion, sino baja gustoso al campo de batalla que sus mismos enemigos han elegido, y con su propia táctica consigue vencerlos. Su estilo teme al parecer las formas místicas y el lenguaje ascético, y se complace en dar á la elocuencia sagrada el lenguaje que el mundo busca para sus propias discusiones: emplea con frecuencia formas incisivas y penetrantes.

El P. Ravignan se ha impuesto una tarea mas severa;

porque educado en la escuela de la magistratura y acostumbrado desde jóven á descubrir y delatar las tramas de los criminales, creeríase que continúa este vengador empeño. Mas esa inflexible rigidez y esa firmeza que no podría transigir con el crimen, sabe dulcificarla por medio de una admirable razon. No se le oye sin irritarse contra las fantasmas promovidos por la imaginacion; persigue el mal real, y lo persigue en todas sus trincheras, hasta en los mas ocultos pliegues del corazon humano; emplea todos los medios para arrojarlo de sus posiciones y lo hostiga sin descanso y sin piedad. Ya es el error á quien persigue con invencibles razonamientos: ya es la pasion á la que arranca sus secretos vergonzosos, como si estuviese armado con los utensilios del tormento. Mas al lado del castigo muestra la recompensa, y siempre junto á la inexorable verdad coloca la misericordia.

El Dominicano prepara la verdad religiosa; el Jesuita la anuncia. Este se dirige á un auditorio medio creyente; aquel se dirige á la porcion de un auditorio que no cree todavia. Lo que llama la atencion en el P. Ravignan es su figura ascética, su frente, vasto teatro donde el alma se despliega, como dijo oportunamente Luis Racine, y en particular su mirada de hombre inspirado. Es sublime cuando con las manos cruzadas levanta los ojos al cielo en actitud de orar. Conocemos siempre en él al hombre que ha experimentado los sinsabores de la vida, que ha debido beber muchas veces en la copa de la amargura, y que se ha refugiado á la fé como á un puerto sagrado, á un inviolable asilo. Por consiguiente, ¿con qué oportunidad y con qué íntima conviccion habla de los placeres y de los gozes? El P. Ravignan es frio al lado del P. Lacordaire; mas por algunos momentos tiene actitudes magnificas y



arranques que llegan al alma y la llenan de una dulce y saludable unción. El P. Lacordaire es á un tiempo el filósofo y el incomparable poeta del Cristianismo: su mirada de águila ha penetrado en nuestros sagrados dogmas hasta una profundidad inaudita; y traslada las inspiraciones de su genio á un estilo que parece burlarse de la lengua, con una riqueza de figuras que hablan á los ojos, á la imaginación y á todos los sentidos. Pinta casi todo lo que dice, cincela admirablemente su pensamiento, lo engasta con su magnífico estilo como en un rico adorno de diamantes, lo que le dá una maravillosa transparencia y una gran claridad. Agréguese á esto un ademán inimitable que ejerce gran poder sobre los oyentes, y tendremos la reunión de todos los elementos que esplican el éxito oratorio del R. P. Lacordaire. El P. Ravignan es menos filósofo que el célebre Dominico, y en sus conferencias se hallan pocas reflexiones verdaderamente nuevas. En cuanto á su estilo, suele ser nervioso, las mas veces cortado y conciso; siempre es noble y grave, pero destituido de todos los ornatos de la poesía y de la pompa de las imágenes y de las palabras.

Tal es el juicio que han merecido al A. Henry los dos grandes oradores cristianos de que nos hemos ocupado en este capítulo y los últimos de que trata el gran crítico, á quien no queremos al terminar nuestras tareas, dejar de enviarle el testimonio sincero de nuestra gratitud.

Cuando teníamos trazado este libro, cuando habíamos comenzado la revisión de nuestros apuntes, una feliz casualidad trajo á nuestras manos un catálogo de libros extranjeros: en él vimos la *Historia de la elocuencia del A. Henry*, la hicimos traer á Madrid, fué el nuestro, y quizá es hoy todavía el primero y único ejemplar de este libro que hay en España, y

desde aquel momento un gran horizonte se abrió á nuestra vista: lo que nosotros teníamos escrito era incompleto, el trabajo admirable de Henry nos lo hacia comprender, y estimulados por él dimos principio de nuevo á nuestras tareas.

No hemos seguido en todo al A. Henry, pero ha sido la luz que ha iluminado constantemente nuestro camino; esta confesión que hacemos aquí es hija de nuestra buena fé literaria y de nuestra conciencia de autor.

Si el A. Henry llega á conocer nuestro libro, nosotros creemos que hallará grandes vacíos en el suyo, vacíos respecto á los primeros días de la predicación cristiana, pero muy especialmente al siglo de oro de nuestra literatura patria, al gran siglo que inició el renacimiento de las letras en el mundo y que no ha merecido un solo recuerdo al eminente crítico francés.

Concluida la *Historia*, nosotros enviaremos un ejemplar de nuestra obra al A. Henry, y cuando publique una nueva edición de su libro, tenemos la seguridad de que en lo que se refiere á la palabra cristiana no será tan desdeñoso con nuestros grandes oradores sagrados, como lo ha sido en su primera edición. Con solo esto que hayamos conseguido nos daremos por satisfechos de lo mucho que nos ha costado intentar corregir en algo el libro que mas principalmente nos ha servido para revisar y completar definitivamente el nuestro.